

TREINTA AÑOS EN *Tierra del Fuego*

EDI[illegible] [illegible]EUSER

Capítulo III

MI PRIMERA EXPEDICION AL MONTE SARMIENTO

Plan de exploración del Monte Sarmiento y de la Cordillera Darwin - En el Estrecho de Magallanes - Noche poética en las aguas del canal Magdalena - Llegada al Monte Sarmiento - La floresta virgen - En el fiordo Negri - Ascensiones obstaculizadas - Sigue el mal tiempo - Al glaciar Negri - Descubrimiento del lago Spegazzini - En las islas Laberinto.

Mi vivísimo deseo de descubrir el interior de las misteriosas soledades del monte Sarmiento y de sus inmensos campos de hielo, conquistando, si me era posible, su cima, fue el principal motivo que me movió a organizar, en diciembre de 1913, una expedición a la Cordillera de la Tierra del Fuego. El monte Sarmiento debía ser el principio de una serie de exploraciones en la vertiente septentrional de la cadena de los montes Darwin, a lo largo de la ensenada del Almirantazgo y a través de las montañas que separan de Ushuaia el lago Fagnano.

Hacía dos años que me encontraba en la Tierra del Fuego y durante este tiempo había podido efectuar por tierra y por mar varias excursiones en el interior del vasto archipiélago fueguino, que me habían puesto en condiciones de conocer cuáles zonas eran más interesantes, y el mejor modo de llevar a cabo las exploraciones.

La pequeña caravana organizada en Italia en noviembre de 1912 se componía del doctor J. B. De Gásperi, que iba con el objeto de hacer estudios naturalísticos y glaciológicos, y de los dos guías de Valtournanche, Abel y Agustín Pession.

El concurso de los guías fue juzgado indispensable, pues debía atravesarse una región enteramente formada de montañas escarpadas y cubiertas de heleros. Inútil es que yo me extienda en demos-

trar su necesidad en este género de exploraciones, pues muy elocuentemente habla en su favor el importante papel que siempre han desempeñado en las expediciones a las más elevadas montañas del globo.

En Punta Arenas, capital de la provincia de Magallanes (Chile), había sido preparada una parte del equipo, víveres y material de campamento y fletada la embarcación que debía llevarnos, a través de los canales, hasta la región que nos proponíamos explorar.

Obstáculos imprevistos y el retraso del vapor en el que mis compañeros se habían embarcado, no nos permitieron llegar a Punta Arenas hasta el 21 de enero, cuando ya la estación propicia estaba harto adelantada. Nos quedaban, sin embargo, casi dos meses todavía: tiempo más que suficiente para llevar a cabo nuestro plan de exploración.

Dos días estuvieron descansando en Punta Arenas, mientras acabábamos los últimos preparativos para la salida.

Pocos y sumarios datos daremos aquí de Punta Arenas, que es el más poblado e importante centro de la extremidad de la Patagonia y de la Tierra del Fuego.

Punta Arenas (53°10′ de latitud sur y 70°54′ de longitud oeste), capital de la Provincia de Magallanes, es una moderna y hermosa ciudad de unos 45.000 habitantes, situada en la costa oriental de la península Brunswick y en la parte central del Estrecho de Magallanes.

Por su excelente posición sirve de fácil y cómoda salida a casi todos los productos de la Patagonia austral y de Tierra del Fuego y es sitio de abastecimiento para muchas naves que pasan de uno a otro océano.

Su fundación se remonta al año 1843 cuando el general Bulnes, presidente de Chile, tomó posesión del Estrecho de Magallanes, enviando la goleta *Ancud* al mando del capitán Juan Williams.

Este primer núcleo de habitantes se estableció al principio en Puerto Hambre, de triste celebridad, pues 256 años antes había perecido en él, de hambre, la segunda colonia del rey Felipe fundada allí por Pedro Sarmiento de Gamboa (año 1584).

Poco tiempo estuvo allí la colonia de Puerto Bulnes, pues acrecido el número de sus habitantes con la llegada de unos centenares de deportados políticos y militares, fue trasladada por el Gobernador José Santos Mardones más al norte, en mejor paraje, al pie de una loma de suave declive donde había más agua, pasto excelente y abundante, mayor cantidad de bosques y el clima más seco y benigno.

Dos años apenas habían pasado de la fundación de esta nueva

población, llamada Punta Arenas porque estaba situada cerca de una punta de arena, cuando el 17 de noviembre de 1851 estalló una terrible revolución provocada por 300 detenidos, los cuales rindieron fácilmente a la guarnición, que se componía de 70 hombres, y se entregaron al pillaje y devastación de la colonia, cometiendo los más abominables crímenes.

Cabecilla de esta revolución era el sanguinario Miguel Cambiaso, que había escrito en su bandera: "Soy asesino en tierra y pirata en el mar". Fueron incendiados y destruidos la mayor parte de los edificios públicos y privados, y entre las más distinguidas víctimas se contó al gobernador Muñoz Gamero y al capellán P. Gregorio Acuña, franciscano.

Después de haber asolado y quemado toda la colonia, se embarcaron Cambiaso y los principales revoltosos en la goleta Florida con dirección a Europa, huyendo de la justicia; pero, apenas fuera del Estrecho, se amotinó la tripulación, puso en grillos al jefe y lo llevó prisionero a Valparaíso, donde un consejo de guerra juzgó a los rebeldes y condenó a muerte a Cambiaso y a ocho de sus compañeros, que fueron pasados por las armas el 4 de abril de 1852.

Hasta 1877 sirvió, más que todo, como lugar de deportación; pero otra revolución provocada por la guarnición de los penados en ese año, durante la cual la ciudad fue incendiada y saqueada y muchos pacíficos ciudadanos muertos o heridos, obligó al Gobierno chileno a disminuir el número de los deportados.

Renacida bien pronto de sus ruinas fue alcanzando Punta Arenas una prosperidad y riqueza cada día más crecientes.

Mientras en los primeros años de la colonia el escaso movimiento comercial se verificaba sólo con los indios patagones, quienes aportaban pieles de guanaco y plumas de avestruz a cambio de víveres y bagatelas, en los que siguieron inmediatamente surgieron varias industrias, que aseguraron definitivamente la vida comercial de la ciudad.

La caza de focas y nutrias, de las que se sacaban pieles preciosas, la exportación de maderas, y sobre todo la introducción del ganado lanar importado de las islas Malvinas, fueron desde entonces la verdadera fuente de su progreso.

Cuando, hacia los años 1885-1890, se divulgó el descubrimiento de grandes yacimientos auríferos en el Estrecho y en la Tierra del Fuego, la población de Punta Arenas y su movimiento marítimo aumentaron notablemente. De todas las partes del mundo acudieron en gran número trabajadores y aventureros, que provistos de víveres emprendieron largos viajes en pequeñas embarcaciones hasta las desoladas costas del cabo de Hornos, y ni los muchos naufra-



Punta Arenas. Calle Roca

gios que hubo que lamentar lograron apagar la devoradora sed de oro. En los alrededores de Punta Arenas y en la Tierra del Fuego se colocaron costosísimas dragas y se construyeron lavaderos de oro; pero todo se desplomó de golpe. El oro existía, como existe todavía, pero siendo muy costosa su extracción fue en gran parte abandonada y la industria lanar, la verdadera riqueza de las tierras magallánicas, absorbió por completo la actividad de sus habitantes.

En 1910, cuando arribé por primera vez a las tierras magallánicas, Punta Arenas no tenía más de 15.000 habitantes. La mayor parte de las casas eran de un solo piso y construidas de madera con el techo de láminas de zinc; las calles, excepto una pequeña zona del centro, eran pantanosas e impracticables después de las lluvias; pocas las casas de negocio, escasos los medios de trasporte y difíciles las comunicaciones.

También las condiciones morales y sociales de la población eran deplorables. El explorador Otto Nordenskjöld, de paso en 1896 por esta ciudad, afirmaba que Punta Arenas tenía el récord mundial

por el gran número de boliches, donde la gente de mar derrochaba los ahorros hechos en largos meses de trabajo. Sobre 180 casas y 1.800 habitantes, que contaba entonces la aldea, no había menos de 65 casas de esta especie: una taberna, pues, cada 25 habitantes. Nordenskjöld atribuía la causa al clima rígido y a la monotonía de la vida.

En aquellos años la mayoría de los habitantes eran extranjeros. La colectividad extranjera más numerosa era la yugoslava, llegada desde Buenos Aires en fuerte emigración ya desde 1888, poco después que el ingeniero rumano Julio Popper había descubierto abundantes depósitos auríferos en la Tierra del Fuego. Seguían por número los alemanes, ingleses, españoles y griegos; en escaso número los italianos y franceses. A éstos se añadía una cantidad anónima de marineros de todas las naciones, desertores y aventureros.



Vista aérea de Punta Arenas

Los chilenos, muy pocos, ocupaban los empleos públicos. ¡Qué rápida trasformación se vio en cuarenta años! ¡Qué gigantesca subida hacia el progreso y la riqueza! Hoy día en las calles anchas y pavimentadas, flanqueadas por modernos edificios de mampostería, entre hermosas alamedas engalanadas por umbrosas coníferas y bancales de flores se deslizan, veloces, centenares de autos, y un rascacielos construído por la Corporación de Fomento levanta su mole dominadora al cielo, como para atestiguar la llegada de la nueva era de progreso y riquezas que surgió en las tierras magallánicas con el descubrimiento del petróleo.

El movimiento marítimo comercial es muy animado. Lo alimentan las naves de cabotaje que trasportan los productos lanares desde las estancias, maderas desde los aserraderos, carbón desde las minas, los vapores de toda nacionalidad que cruzan el Estrecho y encuentran allí un fácil puerto de abastecimiento, y especialmente los barcos de la Compañía Chilena de Navegación, la cual desde la costa del Brasil, en el Atlántico, llega hasta Arica en el Pacífico, pasando por el Estrecho de Magallanes.

La abertura del istmo de Panamá vino a perjudicar su comercio por la disminución de las naves de paso entre los dos océanos, pero los poderosos recursos que ella posee dan ya, por sí mismos, suficiente garantía de prosperidad perenne.

Un esmerado servicio aéreo es efectuado por la línea nacional LAN que inició sus vuelos en 1945 entre las distintas poblaciones de la provincia de Magallanes, en la Tierra del Fuego y en la región de Ultima Esperanza, a Santiago y a Buenos Aires en combinación con Aerolíneas Argentinas.

Además de los edificios de arquitectura estilizada pertenecientes a entidades públicas, casas comerciales y familias acomodadas, la ciudad está también embellecida por artísticos monumentos, entre los cúales sobresalen el de Hernando de Magallanes que se levanta en la plaza Muñoz Gamero y el del General Don Manuel Bulnes en la plaza homónima.

Notables son asimismo por su grandiosidad y belleza arquitectónica las iglesias construidas por los Salesianos: la catedral del Sagrado Corazón en la plaza Muñoz Gamero y el Santuario de María Auxiliadora en la plaza Bulnes.

Una de las más interesantes visitas que el turista puede efectuar es al Museo Regional Salesiano en la plaza Bulnes, anexo al Instituto Don Bosco, el cual contiene valiosas colecciones etnográficas, paleontológicas, mineralógicas, zoológicas y botánicas. De particular importancia histórica es la etnográfica, porque representa

un material no más recuperable de las razas fueguinas, ya del todo extinguidas.

Dos diarios, varios bancos, teatros, cinematógrafos, campos hípicos y deportivos, aeródromos, servicio de radiocomunicaciones de alta potencia, señalan el progreso y la importancia cultural y comercial de esta ciudad, que puede con razón denominarse la "Metrópoli del Sur".

Aunque no sea de los más agradables a causa de los vientos notablemente recios casi de continuo, el clima de Punta Arenas es el más templado de toda la región magallánica; y como no está sujeto a fuertes oscilaciones de temperatura, tan frecuentes en las regiones situadas más al norte, es sano, sin frío excesivo y siempre tolerable. [1]

Los terrenos de las cercanías de Punta Arenas, en otros tiempos cubiertos por espesas selvas de hayas, que poco a poco han ido destruyendo los incéndios, fueron trasformados en amenas y fértiles praderas cultivadas con óptimos resultados en la producción de forraje, hortalizas y legumbres, especialmente papas. En estos últimos años ha mejorado mucho la industria quesera en forma de abastecer de lacticinios a la población. No obstante la fertilidad del suelo, no llegan los cereales a su perfecta madurez por falta de calor suficiente y por los vientos fríos del sudoeste. Exceptuando la carne que es abundante, dada la excelente producción de ganado lanar y bovino y parte de lacticinios, todos los demás artículos alimenticios son importados.

Hecha la descripción de la capital, volvamos a reanudar el hilo de nuestra narración.

La tarde del 23 de enero se encontraba ya toda la tripulación a bordo de nuestro cúter, el *Júpiter*, pequeño velero de veinte

---

[1] El observatorio meteorológico salesiano de Punta Arenas nos da los siguientes datos sobre el clima de esta ciudad, basados sobre un período de 60 años de observaciones:

Temperatura media del verano: 10°52; temperatura media del otoño: 6°25; temperatura media del invierno: 1°90; temperatura media de la primavera: 6°44. Lluvia y nieve 430 mm. al año.

La media de la temperatura máxima es de 14°28 en verano, y 0°80 en invierno. La media de la máxima absoluta es en verano 20°13 y en invierno 5°29.

El viento, como en toda la región patagónica y fueguina, es casi constante, pero en Punta Arenas es menos veloz y persistente, porque la ciudad se encuentra en una posición topográfica especial. La velocidad media del viento es aquí de 15 kilómetros por hora en verano y 12 en invierno; durante las tempestades, que a veces duran de 60 a 70 horas sin interrupción, alcanza hasta 80 Km. por hora. Hay, sin embargo, ráfagas que llegan a 130 y hasta 140 Km. por hora.

toneladas de arqueo, provisto de motor, que debía ser nuestra embarcación y nuestra morada durante una parte del viaje.

A las dos de la tarde, despedidos por los amigos, dejamos a Punta Arenas y llenos de impaciencia por llegar a la meta que nos habíamos propuesto, entramos en las aguas del Estrecho, dirigiéndonos hacia el sur. El mar estaba en calma y así parecía que debiera mantenerse toda la tarde y la noche, permitiéndonos llegar al monte Sarmiento, distante 80 millas. El estado del tiempo era para nosotros, pero sobre todo para los marineros del *Júpiter*, una verdadera preocupación en aquellos canales en donde se forman y estallan con insospechada celeridad las más formidables tempestades.

Pasada Punta Arenas, va poco a poco elevándose hacia el sur la costa occidental del Estrecho, al principio con mesetas revestidas de espesa vegetación de hayas, y después con elevadas colinas y altas montañas nevadas hasta el cabo Froward, en la extremidad de la península Brunswick, el punto más austral del continente Sud Americano.

En las ligeras ensenadas de la costa se ven esparcidos acá y allá grupos de casas, sede de establecimientos de campo, o de aserraderos donde se trabaja la madera de las cercanas florestas.

En el lado opuesto, a levante, se ve en lontananza, como una larga cinta uniforme, la Isla Grande de Tierra del Fuego, cuyas vastas llanuras encierran los codiciados tesoros de la industria del pastoreo.

A medida que avanzamos hacia el sur empieza a delinearse, en mitad del Estrecho, una angosta y ligera lengua de tierra, que va elevándose gradualmente formando colinas y montañas coronadas de nieve. Es la isla Dawson, que desprendida de las elevadas cadenas de montañas limítrofes al monte Sarmiento, junto al canal Gabriel, se alza majestuosa en las aguas del Estrecho, entre la bahía Inútil y el pintoresco seno del Almirantazgo y el Estrecho de Magallanes por el oeste. Durante 24 años fue la isla Dawson el refugio de los indios del Archipiélago fueguino, perseguidos por algunos inhumanos civilizados, y recibidos con grande caridad por los Misioneros Salesianos que habían fundado en 1889, por concesión del Gobierno chileno y merced al incansable celo del Ilmo. Sr. D. José Fagnano, dos misiones: la de *San Rafael* en la bahía Harris, y la del *Buen Pastor* en la Punta, extremidad septentrional de la isla.

Desaparecidos los indios, y abandonada por los Salesianos, fue cedida la isla Dawson por el Gobierno a la Sociedad Ganadera

"Gente Grande", que al presente la explota con el pastoreo y con la tala de maderas.

Con nuestra lenta, pero regular marcha de seis millas por hora, llegamos al histórico Puerto Hambre.

Enviaba el sol sus últimos rayos por detrás de los montes y escrutábamos nosotros entre las penumbras del atardecer, con sentimiento de dolor y vago terror, aquel lugar, teatro de tantos sufrimientos y desventuras.

Cuando llegamos al faro San Isidro, había ya la noche extendido sus negras alas, y después de algunas millas, salimos al mar abierto frente al cabo Froward, muy temido porque en sus cercanías son, en modo particular, terribles las tormentas, y las olas, que se forman a gran distancia, en la parte occidental del estrecho, alcanzan una altura y violencia verdaderamente impresionantes.

El mar está en calma, y nos encontramos, por consiguiente, en el momento más propicio para atravesar este peligroso sitio, pues generalmente de noche amaina el viento y pierden su vehemencia las ondas. Dirigimos, pues, la proa hacia el canal Magdalena, al que esperamos llegar en tres horas, para elegir allí un abrigo en una de las ensenadas de la isla Clarence. A medida que avanzamos, se van haciendo las aguas más tranquilas, no se siente ni la más leve racha de viento, y reina profundo silencio, interrumpido tan sólo por el estallido acompasado del motor del cúter; hemos entrado en las desiertas regiones de la alta cordillera, y aquella lejanía, aquel aislamiento solemne en la virginidad de la naturaleza, lejos del humano consorcio, impresiona grandemente nuestro espíritu, que por primera vez experimenta tan extrañas impresiones.

A eso de la media noche entramos en el canal Magdalena [2] en el que la oscuridad era tan grande, a causa de su poca anchura y de las altísimas montañas que caen a pique sobre sus dos orillas, que nos vimos obligados a pararnos por temor de chocar contra algún escollo.

A sacarnos del embarazo llegó de allí a poco la luna, que rasgando el denso velo de las nubes, iluminó aquel caos de horribles precipicios y de inaccesibles picachos sobrepuestos los unos a los otros en las posiciones más atrevidas, que desde siglos permanecían

---

[2] A este brazo de mar, como a otros muchos del archipiélago fueguino, los mapas del Almirantazgo inglés, trazados por Fitz Roy y por King, le llaman Magdalena Sound, palabra que traduciremos siempre nosotros por *Canal*, donde la propiedad de la lengua lo requiere, y por *Ensenada* cuando se trate de un verdadero seno.

firmemente enhiestos como que fueron el efecto de un formidable cataclismo que trastornó toda la región.

Me parecía como si de repente me hubiera precipitado en otro mundo terriblemente fantástico, y creía soñar. Las puntiagudas cumbres y las enormes paredes de hielo que caían a pique sobre nuestras cabezas, bajo los rayos plateados de la luna, habían tomado un aspecto vago, inmaterial, de pálidos espectros, rígidos y fríos, clavados allí como por el opresor imperio de un mágico encanto, cuyo poder penetraba irresistiblemente en mi espíritu bajo una sensación de temor y espanto, de la que en vano luchaba por librarme.

El semblante de mis compañeros me decía con sobrada elocuencia que no era yo solo presa de aquellas sensaciones; esto no obstante, atónitos, silenciosos y subyugados por aquel misterioso espectáculo, seguimos nuestra navegación, y pasada la media noche llegamos a la bahía Sholl, excelente fondeadero, donde pasamos lo que quedaba de aquella inolvidable noche.

Dejamos este lugar al amanecer del 24 con dirección a la base del monte Sarmiento, que por causa de la mañana bastante agitada, estaba encapuchado con densos nubarrones, dejando ver apenas sus dos grandes glaciares que majestuosamente bajaban por sus laderas.

Después de dos horas de navegación, llegamos al glaciar que rodea su vertiente del NO. A medida que nos íbamos acercando, crecía desmesuradamente nuestro estupor: aquella inmensa explanada de hielo ceñida por una faja de verdor, parecía retirarse y bajarse, al mismo tiempo que adquiría proporciones insospechadas. Creció de punto nuestra sorpresa al poner pie a tierra y ver que las manchas verdegueantes que ribeteaban el helero, y que desde lejos habían parecido simples arbustos, eran colosales árboles de 25 a 30 metros de altura. El contraste que presenta aquella exuberante vegetación de intenso verdor al lado de aquellos enormes bloques de hielo, blanco-azulados, es en verdad impresionante y provoca la más viva admiración.

Era nuestro propósito hallar un fondeadero lo más cerca posible del monte, para poder con mayor facilidad emprender su ascensión; y después de mucho buscar, dimos con una pequeña rada en la parte sudeste del helero, que nos pareció propicia y resguardada de la marejada. En las primeras horas de la tarde, alegrados por un hermoso sol, brillante y cálido, bajamos a tierra con la intención de hacer una excursión hasta los bordes del glaciar. Pasada la playa cubierta de arena y guijarros, nos encontramos frente a una tupida red de arbustos cargados de flores y frutos, que servían

de margen y ornamento a la floresta, pero que nos costó bastante trabajo pasar.

Eran las varias familias de calafates, de hojas siempre verdes, con ramas llenas de espinas, que los naturalistas llaman *Berberis buxifolia* y *Berberis ilicifolia,* llena aquélla de unos frutos dulcísimos y sabrosos, redondos y pequeños, algo parecidos a las uvas, y ésta con bayas muy semejantes a las anteriores, pero más raras y menos apetitosas. Esta última es la que proporciona a los indios Onas una madera durísima y resistente, de hermoso color amarillo, para la fabricación de sus flechas. Abunda también aquí y crece vigorosa la chaura *(Pernettya mucronata),* de hojas espinosas y cuajada de bayas encarnadas, comestibles, y de un sabor dulce empalagoso, y el *Ribes magellanicum,* de bayas negras parecidas a las que se cultivan en nuestros huertos.

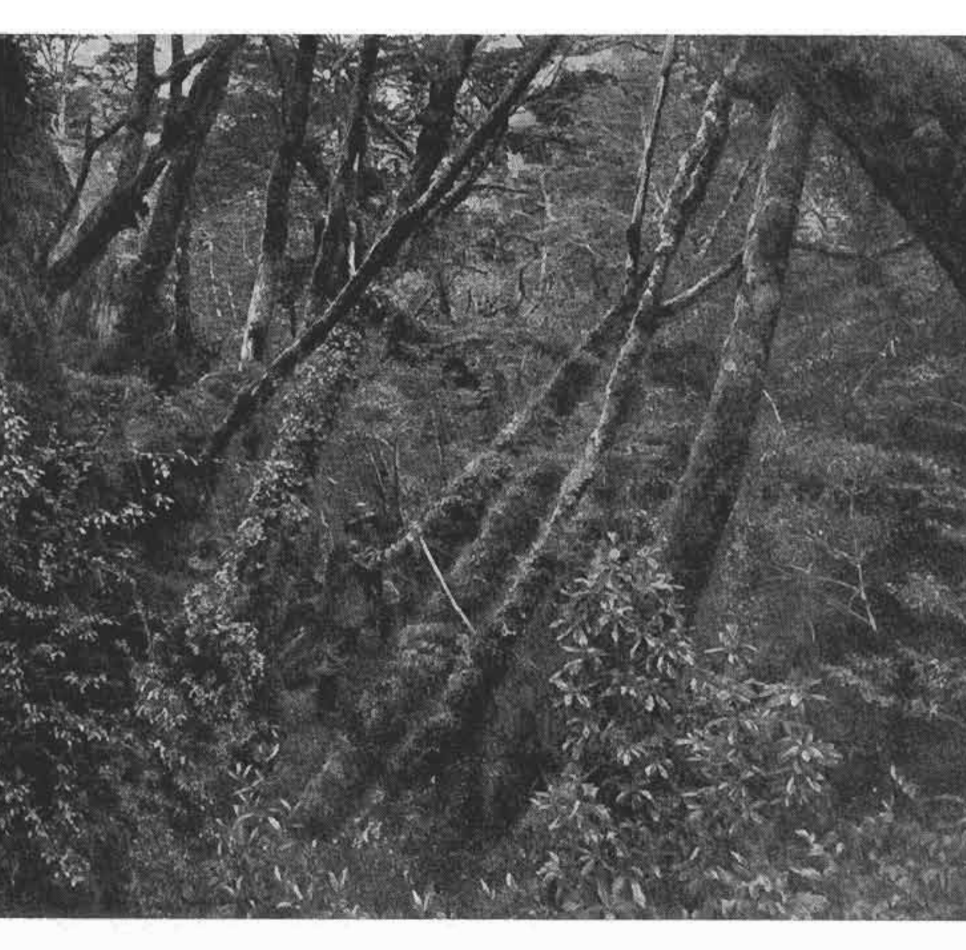
Aquí y allá resplandecen al sol los vivos racimos rojizos de una hermosísima planta, que como ornamento cultivamos en nuestros jardines: la *Fucsia magellanica,* que adquiere aquí enorme desarrollo, alcanzando hasta tres metros de altura.

Muy poco disminuyeron las dificultades, cuando, pasada la punzante linde de los calafates y adentrados en la espesura del bosque, tuvimos que luchar con un suelo extremadamente húmedo, cubierto de turba, y de residuos de vegetales en putrefacción, en el que nos hundíamos hasta las rodillas, con trechos cubiertos de mullido tapete de musgos, líquenes y hepáticas en su más exuberante desarrollo.

La severa y misteriosa grandeza de la floresta nos dejó muy sorprendidos y admirados y nos compensó de los trabajos pasados. No hay descripción que pueda dar ni una pálida idea de la tristeza que emana de aquella masa confusa de árboles de todas las edades y dimensiones que se yerguen rozagantes sobre los despojos de otros troncos en putrefacción y obstruyen el camino. La escasa luz que penetra desde lo alto, no consigue dominar la profunda oscuridad que reina alrededor ni llevar un poco de alegría a aquel lugar de muerte. Los árboles que pueblan estas florestas pertenecen casi exclusivamente a la familia de las hayas: *Nothofagus antarctica,* impropiamente llamada roble, y *Nothofagus betuloides,* denominado en la región magallánica coihue y en la Patagonia septentrional guindo. Este último conserva verdes sus hojas todo el año.

De estas hayas, que en la parte central de la Tierra del Fuego alcanzan notable desarrollo, se obtiene excelente madera de construcción y para muebles, y se prestan además para otros trabajos de torno y para la fabricación de duelas para toneles.

Maravilloso, si no por su desarrollo, ciertamente por su her-



Interior del bosque al pie del monte Sarmiento

mosura y abundancia, es el canelo *(Drimys Winterii)* que pertenece a la familia de las magnoliáceas. La frescura de sus frondas siempre verdes y la forma esbelta y elegante de su tronco, cubierto de flores axilares blancas, lo distinguen de todos los demás. Su corteza, muy aromática, rica de ácido tánico, es muy cáustica; se usa en medicina como remedio eficaz contra muchas enfermedades, especialmente contra el escorbuto. Escaso es el valor de su madera.

Otro árbol, de hojas perennes, es la leña dura *(Maytenus magellanicus)*, celastrácea de hermosas hojas coriáceas, que exhalan

penetrante y grato perfume; constituye una glotonería para los guanacos y los vacunos, los que en el invierno, cuando el terreno está cubierto de nieve, tienen abundante y sabrosa comida en sus hojas.

Más raro es el ciruelillo o notro *(Embothrium coccineum)*, ciruelo de hojas perennes, coriáceas, brillantes, que se cubre en primavera de soberbios racimos de flores de vivo color escarlata.

Alrededor de estos árboles mayores, que esencialmente forman las florestas de la Tierra del Fuego, crecen y se amontonan en todas direcciones una infinidad de arbustos.

Sus especies varían notablemente de lugar a lugar, no tanto por la posición geográfica, cuanto por las variaciones atmosféricas y climatológicas inherentes al sistema orográfico de la región.

Pasada la primera intensa emoción que nos ocasionó la vista de la floresta, nos propusimos superar una antigua morena lateral, que nos separaba del glaciar.

De cuando en cuando encontramos matorrales de graciosísimos helechos *(Lomaria magellanica)* de más de un metro, que estarían muy bien como adorno en cualquier jardín. Nuestro paso es muy lento y fatigoso, y sólo a fuerza de golpes a diestra y siniestra logramos abrirnos camino a través de las tupidas matas, tropezando y resbalando sobre los putrefactos troncos, y llegar hasta la cima, desde donde podemos contemplar con toda comodidad el soberbio espectáculo que nos ofrece el glaciar completamente descubierto. Nos separa de él una larga faja de terreno compuesto de guijarros y arcilla morénicos depositados en época relativamente reciente, y cubierto ahora de pequeños arbustos esparcidos acá y allá, y de flores y hierbas que crecen muy lozanas. Junto al helero descubrimos una serie de conos de arena bastante elevados. No podemos observar todo el frente del helero, a causa de su fuerte ondulación; su anchura será de unos dos kilómetros, pues más de su mitad nos la ocultan unas pequeñas colinas centrales morénicas, en cuyas depresiones hay pequeños lagos alimentados por las aguas del deshielo.

El glaciar se presenta en esta vertiente cubierto de altísimos e imponentes bloques de hielo y nieve blanquísima, semejantes por su gigantesca forma a otras tantas torres y pináculos de un derruido castillo; dos torrentes glaciales, turbulentos e impetuosos, salen de sus bases cavernosas donde el hielo despide un agradable color verdemar.

Habiéndosenos caído la noche encima, no tuvimos más remedio que volver sobre nuestros pasos, y dejar para el día siguiente muy

de mañana la continuación de nuestras observaciones, para ver de qué lado era más accesible el monte Sarmiento.

Llegados a bordo, habíamos abandonado ya la esperanza de poderlo contemplar, pero al ponerse el sol, las nubes que envolvían sus cumbres se elevaron, al parecer; se hicieron más tenues, más diáfanas, y de repente bajo aquel tenue velo de vapores se delineó, allá en lo alto, como un torreón de punta esférica, candidísimo, que por un instante creímos fuera la cumbre. Mientras, impacientes, teníamos los ojos fijos en aquello, he allí que aparece todavía más arriba, como en una región de ensueño, una afilada cresta, sobrepujada por fantásticos cornisones de hielo, que caían a plomo sobre las paredes acantiladas, revestidas también ellas de una coraza filigranada de candidísima nieve. Aquella inesperada aparición nos llenó de admiración y de contento; los dos guías, especialmente, estaban fuera de sí por el entusiasmo, pues jamás se hubieran imaginado que la modesta Cordillera de la Tierra del Fuego tuviera montañas tan espectaculares y terrificantes.

Con intenso interés seguimos la revelación de aquel misterioso monte como un levantarse el telón que oculta mágica y grandiosa escena. Nos pareció, por un instante, entrever en las etéreas regiones la altísima cima, cubierta de blanquísima nieve, asomarse desde aquel trono de gloria y mirar con curiosidad a sus nuevos huéspedes; pero fue cosa de un momento que ni nos dio tiempo para hacernos una idea clara de su extraordinaria y singular forma. Avanzándose la noche, volvieron las nubes a arremolinarse en torno a la cumbre, y todo quedó como antes, sumido en el silencio y en el misterio.

Aunque fueron instantes muy cortos, se nos había manifestado, sin embargo, el Sarmiento mucho más grandioso y terrible de cuanto nosotros hubiéramos podido imaginar. La aspérrima fiereza de sus cumbres y laderas cortadas a pique sobre el glaciar, nos decían bien a las claras que deberíamos luchar a brazo partido con un gigante de alta montaña, desdeñosamente soberbio, pero soberanamente hermoso en su inmaculada blancura.

Llenos de contento por tan inesperada revelación, nos fuimos a dormir aquella noche con el entusiasmo y alegría que preceden al cumplimiento de grandes sucesos.

24 de enero. — ¡Cruel desengaño! Nos despertamos con tiempo pésimo; la lluvia y las ráfagas impetuosas del SO provocaron una terrible marejada, que ponía en grave peligro a nuestro barquichuelo, expuesto completamente a la violencia de las olas.

No tuvimos más remedio que levar anclas y partir inmediata-

mente dirigiéndonos hacia el SE en busca de mejor abrigo, pero alejándonos lo menos posible del objeto de nuestros amores.

No habiendo podido encontrar a lo largo de la costa, a los pies del Sarmiento, ni una bahía ni una rada que nos protegiera del furioso vendaval, nos vimos obligados a entrar en un profundo fiordo de la cadena de montes que costean hacia el sur el canal Magdalena y el Cockburn, y que no aparece señalado en las cartas inglesas.

No pudiendo ver su fin, que dos salientes nos ocultaban, y no habiendo, al parecer, ninguna montaña que lo obstruyera, sino tan sólo un gran helero que descendía por la vertiente lateral, nos figuramos haber dado con un pasaje desconocido que nos llevaría al canal Beagle, pero no era así, como pudimos comprobarlo en los días siguientes.

Más tarde supe que este fiordo había sido visitado y explorado en 1881 por la expedición de Bove, que permaneció en él dos días, favorecido por un tiempo espléndido, del que desgraciadamente no pudimos disfrutar nosotros en dos semanas.

Echamos el ancla junto a la boca del fiordo, muy cerca de la desembocadura de un grande e impetuoso torrente glacial, que atraviesa un angosto valle (Lovisato); lo alimentan, al fondo del valle, dos glaciares que descienden por los costados meridionales del Sarmiento.

24-28 de enero. — Cuatro días nos quedamos aquí, y raras veces pudimos bajar a tierra, a causa de los fuertes aguaceros que malograban todos nuestros intentos de ascensión.

Solamente la mañana del 28, cesada la lluvia y serenándose el tiempo, pudimos emprender la subida de una colina bastante elevada, que se une al norte con el monte Sarmiento, y cuya cima sirve de línea de división de las aguas entre el mencionado valle Lovisato y el canal Magdalena. Llevamos con nosotros el taqueómetro para hacer algunas triangulaciones desde lo alto de la colina.

Después de haber seguido por buen trecho hacia arriba el torrente casi desprovisto de árboles, empezamos a subir por laderas cubiertas de hierba entre pequeñas arboledas.

Encontramos aquí el suelo mucho más empapado de agua que en la vertiente opuesta, y ni un hilo de hierba para alimentación del ganado, sino una extraordinaria vegetación criptogámica. Tal vez en pocos puntos de la cordillera llueve con tanta abundancia como en esta zona, en que la notable elevación del Sarmiento sirve de formidable condensador para los vientos que azotan sus gélidos costados.

Habíamos llegado apenas sobre la colina (730 m.) caminando siempre, también en los trechos roqueños, por un terreno pantanoso y resbaladizo, cuando se cubrió de repente el cielo con densos y negros nubarrones, que se iban acercando hacia nosotros por la parte del Pacífico, empujados por un viento helado del oeste; y al cabo de pocos instantes se desencadenó la tempestad sobre nuestras cabezas con toda su furia. Velóse completamente el horizonte a nuestra vista y se sumergió en profunda oscuridad; gemía y silbaba el viento entre las rocas, y una descarga de cristales de nieve-granizo cayó sobre nosotros con inusitado ímpetu, embistiéndonos horizontalmente el rostro.

La saliente de unas rocas en forma de cavernas fue nuestra salvación; allí acurrucados esperamos a que el tiempo calmara para tomar cuesta abajo el camino por donde habíamos subido.

Llegó al cabo de media hora el tan suspirado sereno. Las nubes corriendo veloces sobre nuestras cabezas habían dejado tras sí un rastro luminoso, que poco a poco fue haciéndose cada vez más intenso, hasta convertirse en un trozo de cielo azul purísimo. Volvimos instintivamente nuestros ojos al monte Sarmiento con la esperanza de que el fuerte viento reinante barriese las nubes que lo cubrían, y efectivamente muy pronto se delineó en las altísimas regiones del cielo, un diente blanquísimo muy agudo. Lo tomamos al principio por una nube más blanca que las otras, tan diáfana era su forma, pero en breve y algo más apartado, descubrióse otro diente igual. Eran las dos cumbres más elevadas del monte. Sorprendidos y atónitos, esperábamos ansiosos a que se nos revelaran en toda su belleza las misteriosas cimas, pero en vano, pues con la misma rapidez con que se habían descubierto, volvieron a ocultarse tras tupidas nubes.

Eran las dos de la tarde, y habiéndose desencadenado otra vez el temporal con renovada violencia, emprendimos la bajada de prisa y corriendo perseguidos por la nieve y la lluvia que nos acompañaron hasta que llegamos a bordo.

Durante toda aquella tarde continuó violento el temporal. Parecía como si se hubiera desencadenado la furia de todos los vientos, que siniestramente silbando por las estrechas gargantas de los montes, descendían en ráfagas impetuosas hasta las aguas del fiordo. Comenzamos a distinguir más tarde, y cada vez más destacado entre los gemidos del viento, un ruido sordo y persistente hacia la entrada de nuestro fiordo. Era el fragor de las olas que se estrellaban mugiendo contra los escollos y que iba aumentando con la persistencia del viento. No tardamos en experimentar su furor; pues a eso del anochecer penetraron algunas encrespadas olas en

el fiordo y se precipitaron con arrebatada furia hacia el lugar donde estábamos anclados.

Ante el inminente peligro de vernos arrojados contra la playa y temiendo que la cadena del ancla no pudiera resistir mucho tiempo a la vehemencia de las olas, abandonamos, antes de que cayera la noche, aquel pequeño fondeadero y nos internamos cuanto nos fue posible en el fiordo. Felizmente el ansiado puerto, más tranquilo y seguro, lo encontramos después en otra pequeña cala de la costa sur, cortada a pique sobre las aguas allí donde una alta y tenue cascada, alimentada por un glaciar, desciende sobre la negra pared de granito. La llamamos *Bahía Júpiter* para recordar a nuestro pequeño cúter.

29 de enero-2 de febrero. — Sigue furioso el mal tiempo. La lluvia mezclada con la nieve cae día y noche incesantemente. El cielo está perennemente cubierto por perezosas nubes que lamen el pie de los montes y descienden hasta las aguas del mar, envolviendo aquel agreste y lúgubre paisaje en una luz pálida y mortecina, que inunda nuestra alma de profunda tristeza y melancolía.[3]

Pasamos así una semana y estamos ya casi al término de otra sin que nos sea dado ver descubierto el monte Sarmiento; sin que nos sonría la esperanza de un tiempo mejor; rarísimas veces y por pocos instantes podemos contemplar un jirón de cielo azul y ver un rayo de sol y es para nosotros motivo de alegría, que reanima un tanto nuestro abatido espíritu.

La visita que el 2 de febrero hicimos al glaciar Negri, que majestuosamente domina el fondo del fiordo, nos proporcionó la más grande satisfacción que experimentamos durante nuestra larga permanencia en aquellos parajes, y rompió la monotonía de aquella vida forzadamente uniforme y triste.

También este glaciar como los de la vertiente NO del Sarmiento, tiene rodeada su frente con una ancha faja de vegetación forestal crecida en antiguas morenas. Para evitar la grande fatiga que habríamos sufrido atravesándola, subimos por el torrente que corre a los

---

[3] La región de la Cordillera es castigada todo el año por el mal tiempo en sus manifestaciones, pero con mayor intensidad y casi sin interrupción en primavera y verano, estación esta última de nuestro viaje. La violencia del viento aumenta o disminuye según la marcha del sol en su eclíptica a medida que se dirige hacia el solsticio del verano o de él se aleja.

Esto explica el hecho de que en los meses de invierno (junio, julio y agosto) en que el sol se encuentra a mayor distancia del hemisferio sur, la fuerza del viento es débil y suceden largos períodos de calma; por el contrario, cuando el sol se va acercando a dicho hemisferio, se hacen más violentos y continuos los movimientos atmosféricos, culminando en los meses más calurosos del año (diciembre, enero y febrero).

pies de los montes situados al norte del valle. Recorridos apenas unos centenares de metros, se nos presentó delante y muy cerca el fantástico perfil del glaciar rodeado por el verde ramaje de la floresta. Es éste uno de los más soberbios espectáculos que ofrece la Tierra del Fuego, y del que no se tiene idea en Europa. No hay nada más fuertemente impresionante que encontrarse ante aquel fantástico castillo de hielo que tiene reflejos de color verde esmeralda, y está coronado en lo alto con imponentes témpanos cortados en forma de agujas y pináculos, que lo asemejan a una catedral gótica.

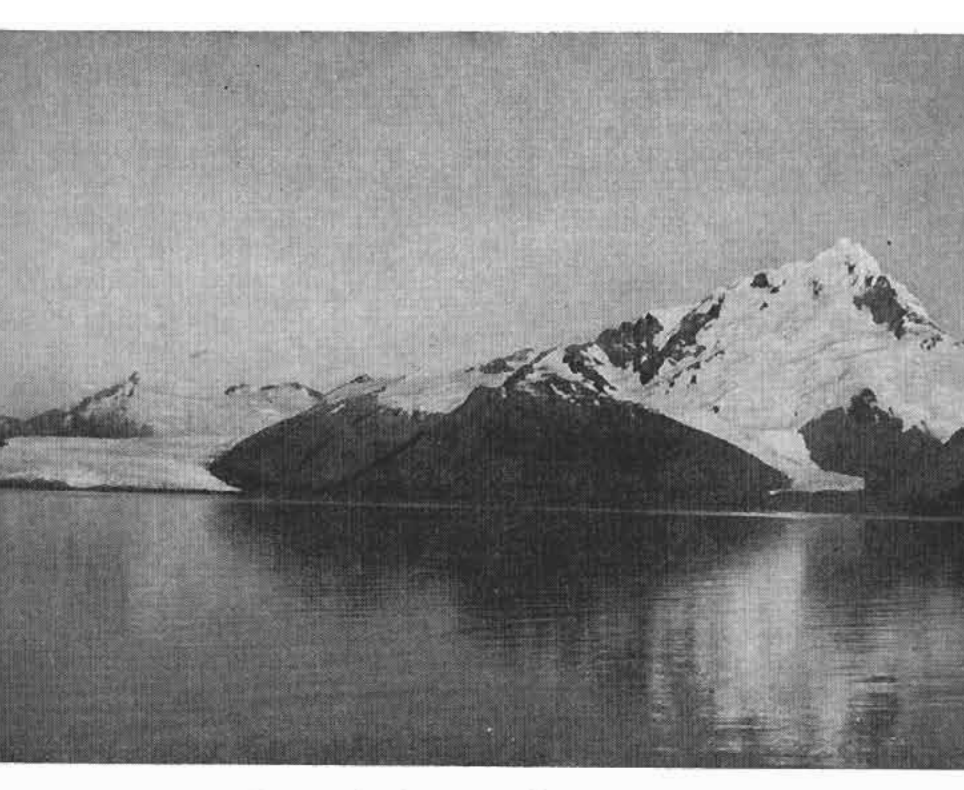
El glaciar Negri es uno de los grandes ríos glaciales que bajan de las montañas situadas al sudoeste del monte Sarmiento, las cuales se prolongan en dirección de la península Brecknock, flanqueadas al occidente por el canal Cockburn.

Esta hermosísima cadena de montes cuneiformes, profundamente cortada por numerosos brazos de mar, conserva en todo su recorrido la altura media de mil metros, y un extenso manto de hielo cubre completamente sus cumbres. El frente del helero Negri es curvo, se yergue verticalmente a más de veinte metros de altura y mide un kilómetro de periferia. En toda su extensión está rodeado por un torrente glacial, que socava constantemente su base.

En la orilla opuesta al helero y flotando sobre las aguas del torrente, vense numerosos bloques de hielo que han sido arrastrados hasta allí por las olas que se forman cuando las enormes masas de hielo se desprenden del glaciar y se precipitan en el lecho del torrente. Es sobremanera impresionante verlas caer y oir el pavoroso estruendo que repercute siniestramente en los valles lejanos como andanadas de poderosa artillería.

Este glaciar, como en general todos los que he visitado en la Tierra del Fuego, lleva las trazas de una reciente y progresiva retirada, como lo demuestra una característica morena frontal formada por enormes peñascos sobrepuestos los unos a los otros en forma de ciclópea muralla, que se levanta a un centenar de metros del mismo.

Subimos por las orillas del torrente en dirección NE caminando sobre depósitos aluvionales cubiertos de hierbas y flores, y después de algunos centenares de metros nos encontramos con un pintoresco lago encerrado al este por altísimas y agrestes montañas, y le dimos el nombre de Spegazzini en memoria del ilustre profesor epónimo que fue miembro de la expedición Bove. Reconocimos un buen trecho de su lado occidental y repechamos la ladera del monte casi desnudo de vegetación y surcado por numerosos torrentes, y nos paramos a descansar sobre un ameno rellano teniendo ante nues-



El monte Sarmiento desde el canal Magdalena

tros ojos un hermosísimo y vasto panorama del lago y del glaciar Negri, del cual saqué una interesante vista fotográfica.

3 de febrero. — Habiéndose serenado un poco el tiempo, volvimos por la mañana a nuestro fondeadero de la embocadura del fiordo, para completar nuestras observaciones en el valle que está al sur del Sarmiento.

Sucedíanse los días unos a otros sin que el tiempo nos ofreciese el menor indicio de mejora; seguía cayendo la lluvia a breves intervalos y el cielo se nos mostraba constantemente velado por densos vapores.

Tan sólo una noche en que las estrellas brillaron, se dibujó por breves instantes el perfil gigantesco de la pirámide del Sarmiento rodeado en la penumbra de tal misterio, que se me antojó un blanco espectro aparecido como por ensalmo para aterrorizar a los espec-

tadores. No estaba del todo descubierto; algunos ligeros vapores se desprendían de las profundas gargantas y lamían sus costados, dejándonos, sin embargo, entrever la aspereza de sus crestas y de sus paredes que caían a plomo en peligrosas cascadas de témpanos en las que se concentraba la terrible asperidad de la alta montaña.

Habiéndonos quitado, en parte, esta aparición la esperanza de poder escalarlo por aquella vertiente, decidimos abandonar definitivamente el fiordo Negri, cansados y hastiados por la forzada e infructuosa estada.

Y no siéndonos posible echar el ancla a los pies del monte Sarmiento en su vertiente occidental por falta de fondeadero, nos pareció conveniente establecernos en la orilla opuesta del canal Magdalena, junto a las islas Laberinto. Desde este punto, si el tiempo nos lo hubiera permitido, después de una hora de navegación habríamos podido desembarcar a los pies del Sarmiento, en el sitio más a propósito para efectuar la ascensión.

4-5 de febrero. — Las islas Laberinto están esparcidas aquí y allá en una de las muchas hendeduras que presenta la isla Capitán Arocena en su vertiente oriental. Apenas si se vislumbran desde el canal Magdalena, pues se confunden con la masa verde de la tupida y no interrumpida vegetación de la costa.

No bien penetramos por una de aquellas hendeduras, comprobamos la propiedad con que los oficiales de la *Beagle* habían dado a aquel grupo de islas el nombre de Laberinto. A medida que íbamos avanzando, se nos abrían como por encanto, detrás de acantiladas costas, senos, calas, sinuosidades que parecían inaccesibles y a través de las cuales se deslizaba silencioso nuestro cúter en caprichosas curvas sobre las tranquilas aguas. Dejamos atrás graciosos islotes de mil formas y dimensiones, cubiertos de espesos matorrales y adornados de flores, y seguimos internándonos por dos millas como si paseásemos por los senderos y alamedas de majestuoso parque ecuatorial.

En aquella hora, la lúgubre entonación del cielo, el sepulcral silencio que en torno reinaba, sólo interrumpido de cuando en cuando por el grito monótono y triste del pingüino antártico, y por el sordo murmullo de algún lejano torrente que se precipitaba entre el báratro oscuro de la floresta, dábanle a aquel remoto rincón del mundo un aspecto tan irreal y tan misteriosa grandeza, que se me antojaba, bajo el encanto de un poder arcano, la mansión atrayente de bellas hadas o de arpías brujas, como había leído y soñado alguna vez en los años de mi niñez.

Bajamos a tierra e intentamos penetrar a través de aquellas espesuras, pero fue un trabajo dificilísimo y arduo. La vegetación

de esta vertiente, al abrigo de los vientos, y favorecida por una abundante capa de humus y por las lluvias continuas, se desarrolla pujante; los musgos, los líquenes, las criptógamas que se adhieren a los troncos y suben hasta las ramas, tienen aquí extraordinario crecimiento. Entre las flores que más llaman nuestra atención por su hermosura y colorido, notamos numerosas campanillas rojo escarlata de la *Philesia buxifolia,* soberbia liliácea que se enreda artísticamente a los troncos, y agradablemente se destacaban sobre el verde intenso de sus hojas coriáceas y brillantes.

A lo largo de la playa, en el interior de algunas bahías descubrimos algunas cabañas (*wigwam*) que los indios Alacalufes habían abandonado. Hasta hace algunas decenas de años, visitaban periódicamente dichos indios estas calas y ensenadas para pescar y recoger los moluscos que abundan extraordinariamente. Hoy, reducidos a pocos centenares, viven junto al Estrecho de Magallanes y en los canales septentrionales, donde de vez en cuando se comunican con el mundo civilizado, cambiando las pieles de nutria por géneros alimenticios y bebidas alcohólicas, de las cuales, desgraciadamente, son muy ávidos, y que son para ellos potentísimo veneno.

Dos días permanecimos en las islas Laberinto con la esperanza de que mejorase el tiempo; en fin, cansados e irritados por tan inútil espera, resolvimos dirigir nuestras exploraciones a otras zonas de la Cordillera, alejándonos, no sin dolor, de aquel soberbio soberano de los hielos, que tantas ansias y penas nos había causado, pero con el secreto propósito de volver el próximo verano más aguerridos y mejor preparados para vencer sus insidias y descubrir sus secretos.